

# ZÓCALO

**Raquel Guzmán**

Una larga fila de hormigas cruza el basural  
Cargan pedazos de hojas verdes, amarillas, quemadas, malolientes  
Mientras los perros husmean entre los cartones apiñados en las escalinatas del teatro  
Luzbel de piedralumbre  
Las patas desnudas de la fuente. Chapotean entre el frío y las chamizas juntadas y  
rejuntadas para un incierto fuego.  
Tráfago.  
Pasos azorados. Mediasuelas cansadas. Tacos agotados.  
Los cartones se apilan sobre trozos de cubrecamas sobre restos de gomaespuma sobre  
trozos de plástico sobre cartones sobre diarios sobre cartones sobre recuerdos. Tarta de  
hojaldre gris, empolvada, salpicada de lentejuelas de cemento.  
Uno, dos, tres, cuatro, muchos, largos, desquiciados pasos de una ciudad desquiciada.

Un hilito de agua cae de la vereda, de la vera, de la verdad que ve lo verde que no quiere verde  
Corre por la orilla de la calle y forma un charco y salpica  
Y las botamangas y los tobillos y las puntas de las muletas y las ruedas de los coches de las bicicletas, de las sillas, la despuntan  
Gotitas inmundas, inmudas, mudas, das en las patas de los perros que se sacuden sobre los cartones  
pintados de ciudad  
con florcitas invisibles de sangre rodando por las mejillas de las fotos del diario  
El cauce del río chorreando en la calle, sin sonido, sin alegre música, sin piedras brillantes sin sauces llevados por el viento  
Sólo el golpe del agua silenciosa llevándose el cuerpo de cucarachas muertas, las alas transparentes, el borravino –vino borrado borra- borra apenas de un cuerpo  
En el borde del zócalo las huellas de las balas  
La tarde última  
La huida hacia el sur

Las lajas reventadas, las esquirlas, estatuas sin cuerpos, apenas resquicios del golpe, grieta, fractura. La huella de la tarde de marzo donde todos mintieron.

La pared tiene ombligos, agujeros sin carne, ahora cubiertos de hollín, de herrumbre, de orín. Huella del tiempo de la persecución, perdido en la vorágine de los trancos apresurados /presos /apesadumbrados

Presagios de este presente hueco, cavado por los pasitos diligentes / arrastrados / doloridos que escriben una historia indescifrable.

Cicatrices de la historia

invisibles, inescrutables. Escapadas de la mirada de la memoria, huyendo de la memoria de las miradas.

Vestigios de la guerra, salpican el muro en un jeroglífico mudo. No hay lectores, ya no hay más lectores.

La huella iridiscente del lagarto deja  
una estela de luces en la sombra del zócalo  
Las escalinatas de mármol registran, ya no el roce de las faldas, sino las fatigas del tiempo  
los golpes de bastonazos, caídas, las huellas de las ratas  
Yuyos que crecen en las grietas y se enredan en los pasamanos. Los hierros, ya no  
candentes, ya no forjados, desmemoria de la opulencia. El primer escalón puede ser para la  
almohada, el segundo la mesa de noche,  
El cuerpo extendido tapa la piedra, grita otra desnudez, recuerda las manos que calzaron los  
herrajes, que cargaron el jaspe, que cavaron los cimientos, que soportaron los ladrillos.  
Duermen juntos, despiertan al amanecer con el oído pegado a la tierra, escuchan el  
murmullo del tiempo  
y desprecian los gritos de la historia.  
En el mármol se mueven inquietantes las olas del agua, dibujan los vientos y la tormenta, la  
niebla y los icebergs,  
mientras tanto, en el quicio, asoma otro  
náufrago.

El pie de la mujer se tuerce de frío,  
unas ojotas rojas  
han encontrado espacio entre los pies oscuros  
mañana vendrá una media y quizás pasado otra,  
hasta que arrecie el invierno tal vez pueda alcanzar un par  
deshilachado  
frío  
como la respiración áspera de la bronquitis  
y las guardias insomnes del hospital  
Ella se para  
y varias patitas corren a su lado. La ciudad tarda en desechar objetos apenas cada tanto deja  
olvidados en los andenes piecitos ateridos.  
El piso se sacude, viene el tren, crujen los rieles abatidos, se retuercen los hierros  
hay que correr detrás de los viajeros, quizás alguno  
tenga la ocurrencia de pensar en las medias  
para el invierno.

El cielo azul trastornado en el charco

Miles de cristales trizados por las ruedas. La luz verde de la esquina brota y salpica las botamangas.

Pedazo de cretino.

Odio la melosa crueldad del charco, echado como una ampalagua junto al cordón respirando

presto a dar el salto sobre la noche, la ciudad, los deseos.

El pozo inerme, el agua, la rueda, la ropa, la ciudad. Una sucesión de cielos destruidos, estrellas caídas, fatalidades.

Entre el cielo y el pozo la distancia se estruja y se hace apenas un remolino de azogues. Un hombre reverbera despedazado entre las salpicaduras. Imagen de agua / imagen de lodo.

Al rato,

apenas la memoria de los reptiles

dormitando en el encendido atardecer.

Vivir aquí en este borde donde caen todos los restos de la vida.

Desvalido. Des balido

dibujando la casita, el árbol, la nube y el sol

y el silencio de pájaros, la mudez del viento.

Pican, picotean los picos de las gallinas. No hay maíz.

Nohaynada.

Nohaymásque inútiles baldosas quebradas.

Esbozo la casita, la vía, el tren.

La chimenea con el humito que se va y se va cuando los malditos paseantes pisan mi dibujo

No hay trenes para

re

gre

sar.

Ha pasado una mujer con un ramo de flores  
las manos crispadas contra las espinas, ha pasado  
rompiendo con las uñas los pétalos incrustados en la piel, ha pasado mordiendo los tallos y  
escupiéndolos.

La vereda parece un campo de batalla.

Quien pasa se alía y embiste contra moños y hojas dispersos.

Es extraño el mensaje de desamparo  
escrito en el borde de las casas.

Por las baldosas fluye una historia con ecos de los tacos,  
las piernas tensas, el pie buscando la fuerza del cemento  
elancé,

no busca al partenaire ausente

lo borra para siempre.

el zócalo es el lugar del estropicio  
el lugar donde todo repta  
la lluvia se transforma en charco maloliente y los ojos no encuentran placer donde posarse  
todo viene a morir, a deshacerse  
el músculo desfallece y tanto hedor  
zigzaguea entre las migajas de la ciudad  
todo se reduce, se desarma, se diluye  
el zócalo es el silencio  
asolado por los susurros, los cantos en sordina  
los murmullos del recuerdo  
escamas de un tiempo ido, de un lugar ausente  
de una memoria frágil  
en el zócalo todos somos iguales  
tenemos idénticas miradas  
y abrazamos al nuevo para que reserve  
su escaso calor.

la lengua afuera  
afilada, soez, rompiendo cualquier intento societario  
la lengua larga  
barriendo las ideas, cortando los balbuceos  
interrumpiendo, cortando  
punzando los intentos de frases  
que el otro no hable, que la otra no diga nada  
que se calle, que se quede quieta  
que no eche maldiciones entredientes  
sólo yo,  
lengua blandiéndose, sabelotodo  
gramaticulísticamente perfecta, rítmica,  
impecable, implacable  
si hablo yo  
¿qué les queda decir a ustedes?

La voracidad de las hormigas acaba con su  
amor por los pétalos (aurora de rosados dedos)

Los chicos han venido a la tarde  
regaron la vereda de papel picado  
pedacitos de hojas cantadas como trocitos de libertad  
papel picado de carpetas utilísimas inútiles.  
lágrimas de la adolescencia que se pierde  
verde rojo azul amarillo blanco pegoteado con el ocre de los charcos  
Malvina Angustias Celeste Marina Carlitos Robertino  
Ne te veré más, no me verás más  
Adiós para siempre adiós  
Ahora sí el mundo será mío sin horarios sin exámenes  
Nadie me exigirá que sepa. Nadie nada nunca. Nada.  
De todo lo vivido apenas hojas en el umbral

Perdimos la pelota, perdimos las monedas  
las lágrimas, la elección, la bandera  
sentados en la vereda  
somos ovillos abrazados a nuestras piernas  
el frío nos cala los huesos y la cabeza  
gira, carrusel sube y baja atronando las sienas  
apoyados en el zócalo  
somos bultos sonámbulos  
lloramos y dormitamos. Nos quejamos. Recordamos  
Los gritos caen de la boca a las tripas  
rodamos en el desconcierto.  
Antes de dormirnos nos sostenemos de la mano de al lado  
para esperar el amanecer.

La ciudad es una enorme lampalagua  
con un verde luminoso que engaña  
brillos falsos de agua transparente  
reptando, moviéndose en los bordes de la muerte  
subir al lomo es caer sobre la babosa soledad  
del vientre  
oh la nostalgia de la selva  
oh la nostalgia de la música de la selva

Si vos pusieras ojos en el piso  
si vos pusieras los ojos ahí y miraras  
si vos miraras desde ahí, levantando lentamente lo ojos  
tocarías las ruedas, los tallos, las paredes  
los rostros, el pelo al viento, las ventanas  
las chapas podridas, las luces de las marquesinas  
los árboles que crecen lentamente  
y lejos, mucho más allá, mucho más lejos  
el cielo impenitente  
el óvalo del sol  
los sueños que viajan inalcanzables  
si vos pusieras los ojos en el piso  
y pudieras levantar los párpados suavemente  
nadie te arrebataría tu luz.

En qué otro lugar encuentras el color de las alas de cucarachas  
purpúreas, bermellón, escarlata, flechas ocultándose en la oscuridad

Aquí, afuera, llueve. El viento impiadoso levanta los cartones.  
Nadie duerme.  
Algunos buscan la recova del cabildo. Otros el pórtico de los teatros  
el andén de las estaciones, el vestíbulo de las grandes tiendas  
abrazados, inermes, arrastrados por el viento  
atravesados por la noche  
oscuros, ensombrecidos entre la ráfagas  
tantean el lugar del amparo  
los pies se arrastran, los cuerpos caen  
las sirenas cortan la ciudad  
la rebanan en capas de desasosiego.  
¿Quién ve los bordes? ¿las rayas que trazan las rodillas?  
¿las huellas del llanto?  
La ciudad se calma, del torbellino quedan leves ondas.  
En la puerta del teatro  
una mujer seca la gomaespuma de su único colchón.

Nostálgicos. Cantan tangos y ensayan pasos  
entre las baldosas rotas.

La música llega baja, como lamento de parientes lejanos  
con percantas amuradas y palomas con frío  
en el piso, un círculo de luz crea el sueño del escenario  
y el tango se engancha en la luz del farol.

Tal vez si alguien trajera un brasero  
y nos diera calor y luz y las losetas brillaran  
aquí mismo el cantor  
arrojaría su voz junto a la orquesta de Troilo  
y la calle se llenaría de luz y de colores  
parejas acompañadas y sonrientes  
y la nostalgia se iría haciendo cada vez más chiquitita  
arrebujada  
en los bordes del  
zócalo.

Rayuela. Tejo. Pie. Salto. Tiro. Lejos.

Salto con un pie, con los dos, con las piernas cruzadas

Con los ojos cerrados, con las manos abiertas, con el corazón palpitante.

Salto. Saltas. Salta. Saltamos. Saltáis. Saltan.

De la Tierra al Cielo. Del Cielo a la Tierra

Sudando. Aplaudiendo a carcajadas.

Brinco. Rebote. Impulso-caída de los cuerpos

Dibujar en la vereda

con tiza, con carbón, con savia de ramitas flacas

y dejarla ahí

para que saltes y llegues al cielo

para que dances en alegres cabriolas

(encuentro amoroso del pie con la tierra)

antes que el mundo te exija silencio.

Cascarudos. Enormes cascarudos abandonados por la luz  
se retuercen en el piso entre el arroz felicísimo de los novios.

Esto no es vida, es cierto. Estar aquí mirando la intemperie  
viendo cómo la gente se lanza ciegamente por las calles  
largas filas silenciosas esperando los ómnibus  
bocanadas veloces saliendo del subterráneo  
niños brotando de las escuelas...  
sufriendo con los caminantes agobiados  
sin destino  
que atraviesan oscuras callejuelas.  
Esto no es vida.  
Estar aquí con la quietud de una lápida  
que cubre los silencios de la ciudad

Aquí y allá mareas que no ven la solidez del piso  
el generoso sostén de estas piedras, siglos de poso y lógamo  
que forjaron el orbe.

Hasta que, de pronto, el saurio se sacude  
oran los penitentes, lloran los incrédulos.

El suelo, el quieto suelo, el paterno suelo  
cruje, llevado por la fuerza del tiempo  
para mostrar su vida.

Quédate quieto, pronto  
se estremecen la luz y las tinieblas  
aquiétate ya lecho, jergón, concavidad materna  
ampáranos, sostén la vida  
prometemos (tan sólo) amarte.

La plaza se abre como un abanico enorme  
los soldados de la Revolución cruzan vivados, agotados  
el zócalo se viste de fiesta  
todos los colores surcan la mañana  
y la historia atraviesa la plaza  
y luego la música, los aplausos y los vítores  
y luego Tlatelolco  
y el Zócalo se vuelve llanto  
y se vuelve mudo  
y los mercaderes siguen voceando artesanías  
mientras el mundo  
cruza esas piedras silenciosas  
buscando las voces  
que puedan resistir a tanto olvido

En el borde de la vereda crecen pastos  
inaudibles, desprestigiados  
siempre al borde de la muerte  
alguien los arrancará  
o se secarán de olvido  
no serán sombra para viajeros cansados  
ni muelle plumón para pasar la noche.  
Sin embargo el zócalo los ama  
son el recuerdo del valle  
traen el canto del agua fresca  
la verde vida en la ciudad violenta  
un ramito de fortuna ante tanto infortunio  
la memoria del trovar de los pájaros  
el sonido del viento  
y el anuncio de flores inaudibles, para la primavera.

Sapitos escandalosos cruzan el cordón de la cuneta  
croan como crujientes carrasperas.

Este es un poema que bordea el empedrado  
recurre a los minúsculos detalles de la forma  
la pared roída, las manchas de humedad  
el moho negro que dibuja extraños países para ojos ausentes  
las nervaduras de la piedra  
el mapa del universo  
las huellas del agua  
del llanto y de la orina  
los vestigios del agua inescrutable  
los olores, el viento  
el hedor y el aliento del mundo.  
Poema de ojos que tratan de leer  
las formas de la vida  
sus pliegues, sus preguntas  
en estos trazos escritos por los hombres en su andar.  
¿Qué historia escribe el caminante?  
¿Qué historia registran los caminos?

Miro todo esto y pienso  
en las manos de los albañiles construyendo los zócalos  
el cimientto, la capa que aísla  
la primera fila de ladrillo y en ese borde  
sí, ahí mismo,  
la base que tiene que sostener todo  
la tensión de la plomada  
y la gota bizca del nivel.  
Miro todo eso y pienso en el pedestal de las pirámides  
en los pies envejecidos del coliseo  
en la bella peana de las columnas dorias  
y siempre aparece una mano  
anónima  
silenciosa  
que asoma y se oculta en los zócalos de la memoria.

A lo lejos la línea de la vereda se curva  
un hombre agrega piedra sobre piedra  
el cordón deshecho  
un trozo de laja que se suelta  
un pensamiento atroz de la mente a la mano  
una mujer que llega  
una caricia que calma  
una larga historia que cuelga en mocos y lágrimas  
una larga historia  
escrita sobre el canto de los mosaicos grises  
una larga historia con caricia y laja.

Las mujeres del norte bajan con vestidos claros  
las del sur los usan con flores de colores  
en la plaza se encuentran con las otras  
las de vestido rojo  
que vinieron del este  
las de trajes azules en marcha del oeste  
y se juntan y charlan  
y se ríen y cantan  
y todos los colores  
se mueven, se esparcen y se mezclan  
y derrotan el gris de la barbarie  
el ocre de la injuria  
y al morado tristón de las distancia.  
Todas ellas sentadas al borde de la plaza  
Iluminan la ciudad  
como un puñado de pétalos  
en el campo.

Gusanitos asquerosos, apestosos, babososverdilargos  
moviendo sus millonesdepatitas hasta el resumidero del infierno.

El andén es el lugar de las despedidas  
pies que suben al escalón del tren  
zapatos brillantes con el borde del pantalón como una mariposa  
(Humphrey Bogart saluda desde el estribo)  
zapatitos quietos en la acera  
un trastabilleo, un giro, un camino hacia la despedida.

Partir.

Dejar atrás el mar  
los cerros de colores  
el bochorno de la selva  
abandonar  
con el dolor del tajo  
buscar  
con la esperanza en el puño.

El andén es el tiempo de las despedidas.

Entre el barco y el muelle  
apenas una soga  
una cadena que sostiene dos olas incesantes  
el borde de la tierra  
la orilla del mar  
la quietud y el desasosiego  
la afirmación y la incertidumbre  
en ese umbral donde se abren los párpados del mundo.  
Debajo de la soga el zumbido del agua  
debajo de la rampla la ilusa quietud del suelo.  
Entre una y otro  
mi cuerpo ondula  
como un inquieto signo de pregunta.

En la vereda hombres y mujeres  
instalan una feria  
berenjenas tomates ramos de alelí porotos  
en alegre circunloquio  
entre las manos ágiles las bolsas y los gritos  
pequeñas uvas y semillas de zapallo  
se amontonan en el zócalo  
estallan bajo los pies apresurados  
en la pared se dibujan estrellas moradas  
(la oscura memoria del vino)  
entre un ir y venir de lechugas y achicorias.

Los compradores se agolpan  
ciegos al silencioso crecimiento de las paltas  
sordos al riego de la lluvia  
inconscientes de la vida y de la muerte.

Levantarse el brazo, doblar el codo, apoyarlo en la pared  
levantarse el otro, curvarlo, abrazar la cabeza  
ampararse del mundo y dejar  
que corra el cuerpo en lágrimas  
en sollozos  
inquieta cobardía o selva en estampida  
se moja el rostro, las piernas, los zapatos  
el río corre por la vereda rota  
arrastra las losetas  
empuja los famélicos pastos.

A lo lejos  
el sol comienza a relumbrar.

Nadie soporta este largo lamento que sube por las angostas callecitas  
la multitud arrastra los pies acompañando el féretro  
allá llevan a la noble reina  
allá al torero  
allá al filósofo con su cráneo abierto  
póstranse, íncanse, reclínanse  
y el cuerpo emite indescifrables ritmos.  
Aquí va el carruaje tirado por caballos  
la muerte ornada de flores y palabras  
la bandera arrastrada hecha polvo y espanto.  
Las paredes se niegan a escuchar tantas veces esos gemidos largos  
y los muros se agotan de rodear cementerios  
y las calles se agobian con el ruido de pasos  
en las bocas abiertas del cruel viento de enero  
pero esperan oscuras como fieles amantes  
que la ciudad repita los rituales eternos.

Vidriosos ojitos de las víboras serpenteando mientras derraman  
cristales de estalactita en el estruendo hambriento del trópico.

Marcha de migrantes

pasos perdidos en la infinita soledad del continente

desterrados, perseguidos, expoliados

huyen al sur por arrabales últimos

diseñan un país, trazan un territorio en la fatigosa huella de sus pasos.

Son (somos) muchos

con las capas al viento en el helado cruce de los Andes

los pies entre la nieve, la bota que se engancha

los caballos flacos perdidos en el viento

y siguen

anudando filamentos de un sueño para tejer

la imagen de un tapiz que vio el vigía

más allá de ese informe laberinto de senderos.

El zócalo es el ancla del navegante / la silla del trotamundo  
un rincón oscuro y solitario donde ver los ojos de la muerte  
patria de los agónicos  
purgatorio de los que esperan ver las lluvias de Macondo.  
No es un triste espacio, no  
es el territorio del tránsito  
de las piedras misteriosas y del recuerdo de los pájaros en la selva.  
Siéntate caminante  
lee esas páginas deshechas por el viento  
escudriña las bolsas de basura, los tesoros tienen muy extraños lugares  
recoge la estampita y el eco de las canciones que todos tararean.  
Siéntate  
pasará el carnaval con sus comparsas y el ataúd con sus lamentos  
y los chicos que piden y los que marchan con globos de colores.  
Siéntate  
desde el zócalo se ve muy bien el mundo.